

Secuestro

A vintage movie poster for the film 'Secuestro'. The central image is a color illustration of a man in a dark military uniform with a peaked cap, holding a cigarette in his mouth. He is looking down at a woman with blonde hair who is wearing a blue dress. She has her hand near her face in a contemplative or distressed pose. The background is a dark, textured brown. The title 'Secuestro' is written in a large, stylized, orange-red font with a white outline, arched over the top of the image. In the bottom right corner, there is a small diamond-shaped logo with the letters 'M.H.' and 'C.F.' inside. Below the illustration, the names 'M. HODKINS' and 'JACK LA RUE' are printed in orange-red capital letters, followed by 'FILMS DE AMOR' in white capital letters on a black background.

M. HODKINS

JACK LA RUE

FILMS DE AMOR

ROBERTS, Stephen

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO, EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAQUER

EDICION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona

"ALAS"

AGENTE DE VENTAS
Solid, Ciel. Española de Librería - Barba, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VIII APARECE LOS JUEVES NÚM 351

The Story of Temple Drake, 1933

SECUESTRO

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por la gran artista

el. Novela
"January"
de W. Faulkner

MIRIAM HOPKINS

Narración por CLAUDIO L. ROBERT

Producción
de la invicta
marca



Paseo de
Gracia, 91
Barcelona

INTERPRETES

Temple Drake	MIRIAM HOPKINS
Frederic Benbow	William Corgan
Trigger	Jack La Rue

Argumento de dicha película

En Dixon, cabeza de partido del condado del mismo nombre, se vivía feliz, se murmuraba, se comía y se bebía bien y no faltaba una muchacha de hermosos cabellos de oro y ojos que tomaban su color del cielo, que llevara de cabeza a todos los jóvenes de la localidad.

Hablamos de Temple Drake. Muerta su madre, al nacer esta niña, vivió sus primeros años al cuidado de su padre y abuelo, que ambos la adoraban, el primero por el recuerdo que le conservaba de su esposa y el último por creer ver en Temple la imagen de otra hija que años hacía se había despedido de la tierra. La infancia de Temple fue entre mimos y consentimientos; su nodriza, la honrada Jenny, iba a la cabeza de sus adoradores y ella tiranizaba a todos imponiendo su voluntad, tuviera o no razón.

No tendría aún siete años, cuando murió su padre y entonces quedó Temple sola, bajo la autoridad de su abuelo, quien, al verse afligido por la pérdida de su hijo y considerando la gran desgracia que representaba también

para la niña, se desveló en consentirla todavía más llegando a la peor mala crianza.

La posición de los Drake era buena en cuanto a patrimonio y además durante tres generaciones consecutivas había sido un Drake el juez de la localidad. El valor, el espíritu de sacrificio, el amor a la verdad eran las características de todos los Drake, y cuando uno de ellos daba una palabra, podía considerarse tan firme como una escritura firmada.

Con estos antecedentes parecía que Temple, una vez mayorcita, sería como todos ellos una joven sensata, cumplidora de sus deberes, sossegada, amante del hogar y la familia. Pues como si ella quisiera desmentir a todos sus antecesores, era afocada, coqueta, frívola y variable.

Su abuelo, con todo y tenerla tan cerca, no se había dado cuenta del temperamento de su nieta. Temple tenía la desgracia de ser muy bonita y la suerte de ser muy simpática, y hacía creer a su abuelo todo lo que a ella le convenía.

—Si el bueno de su abuelo diera una mirada a la ropa de la señorita, murmuraba un día la camarera, tal vez comprendiera que no es el angelito que él se imagina.

En la misma ciudad, y no lejos de la residencia de los Drake, vivía Esteban Renbow con su tía. Antigua familia también muy

Bien considerados, tanto por su posición como por sus bondades.

Esteban y Temple habían sido compañeros inseparables durante los años infantiles, hasta que el partió para el colegio primero y después para la Universidad, de donde regresó hecho un hombre y con el título de doctor en leyes. Durante su ausencia, Esteban siempre llevó en la memoria y en el corazón el recuerdo de Temple. Ella, en cambio, sin olvidar a su compañero de juegos, lo cual era imposible por la amistad existente entre las dos familias, hizo tantas amistades nuevas, que cuando regresó Esteban, supo recibirle con una grandiosa indiferencia. Él lo vió tan hermosa, tan superior a lo que se había imaginado, que se enamoró veinte veces más de lo que ya lo estaba, pero supo callar, disimular y dedicarse a observar.

La carrera de Esteban le tenía en constante contacto con el juez Drake y éste acariciaba la idea de una boda entre su nieta y el joven abogado.

Una mañana había una vista, en la cual Esteban Benbow actuaba de defensor de oficio. Antes de que entrara el jurado a deliberar, el juez Drake hizo la siguiente declaración:

—Señores jurados: Antes de que se retiren ustedes a deliberar, desco advertirles que no debe haber prejuicio contra el letrado señor Benbow, pues actúa de defensor de oficio

contra su voluntad, por mandato de este tribunal.

Benbow quedó sorprendido al oír estas palabras, pues, aunque eran ciertas, las creyó inoportunas.

—Protesto contra esta actuación. Esto pre-dispone al jurado y además yo no me opuse a defender al acusado — dijo Esteban algo disgustado.

—Que no consten en acta — dijo el juez.

Terminada la vista y perdida la causa, sin duda alguna, aunque todavía no se había dado a conocer el fallo, el juez Drake mandó llamar a Esteban.

—Van a fallar contra ti; tu dictamen es de mala ética y contra ley. Hay que acatar los estatutos, a pesar nuestro — dijo Drake.

—Se trata de un estatuto anticuado — arguyó el joven abogado.

—No seas testaduro, Esteban. Dime, ¿cuándo dejarás de defender a criminales y pelagatos?

—No exagere, y ¿no cree usted que éstos lo necesitan tanto o más que muchos otros que pueden pagar buenos honorarios?

—Otra cosa. Hace días que no te he visto por casa. ¿No vas a ver a Temple nunca, ahora?

—He estado muy ocupado... y ella también.

— Sentiría que mi nieta no tuviera un rato para ti.

Esteban se quedó pensativo y no contestó.

— Esteban, ¿por qué no te casas con Temple? — preguntó el viejo sin rodeos y mirando cara a cara al joven.

— Temple no quiere casarse conmigo — contestó Esteban con la misma franqueza —. Soy poco romántico, me dice, para un temperamento como ella.

— ¡Qué absurdo! — exclamó el juez. Vuelve a hablarle. Yo estaría más tranquilo si mi nieta se casara contigo.

No supo qué contestar Esteban esta vez y optó por sonreír y callar.

— Es muy buena niña Temple — dijo su abuelo.

Nuevo silencio por parte de Esteban. ¿Para qué desencantar al abuelo? Hasta éste no llegaba la murmuración de las locuras de Temple y no sería Esteban quien le abriera los ojos. Además, Esteban amaba a la joven con pasión, una pasión contenida, disimulada y sufriendo al ver cómo ella se echaba a perder.

El juez interpretó el silencio de Esteban por timidez de disculpar sus amores con el abuelo de la dama de sus sueños y, dándole una cariñosa palmadita al hombro, le dijo:

— Volvamos al asunto. El fallo va contra tu cliente.

— He hecho lo que he podido. — contestó Esteban.

* * *

Aunque muchas veces no se sabe exactamente lo que hacen los elementos que viven juntos en la misma casa, llega un momento en que se adivina que las cosas no marchan por el cauce debido. A pesar de su adoración por Temple, el juez Drake no podía dejar de notar que su nieta usaba y abusaba de la libertad que éste le concedía y una noche se dispuso a ser enérgico, esperarla a que regresara a casa y reprenderla severamente, según la hora que fuera.

Quieto en su estudio, enfrascado en sus estudios holísticos, pasaron las horas sin darse cuenta, hasta que un animado diálogo le distrajo de su tarea. Era en la puerta de la casa.

— ¿Me quieres sólo a mí? Era la voz de Temple.

—He dicho que no. También era ella la que hablaba.

—¡Qué graciosos sois los hombres! Claro que me gustas, pero ten las manos quietas.

No había manera de oír la voz de la persona con quien ella hablaba, aunque por lo que decía era fácil adivinar que se trataba de un muchacho.

—Basta, basta, me haces daño! ¡Suéltame! ¡Adiós! — dijo al fin Temple entrando en el hall y cerrando la puerta.

La severa figura del juez Drake apareció ante ella y la desconcertó de momento.

—¡Abuelito!

—¿Qué horas son éstas de llegar a casa?

—¿Es muy tarde? No sé la hora que es — preguntó Temple con aire inocente.

—Está amaneciendo. ¿De dónde vienes? ¿Con quién has estado? — preguntó el juez.

La atmósfera se enrarecía y Temple tuvo un poco de miedo. Empezó a desabrocharse el vestido y no podía.

—¿No quieres ayudarme abuelito? — preguntó mimosa.

—¿Con quién has salido? — insistió el abuelo, al mismo tiempo que deshacía un lazo del vestido.

—Con un muchacho que se llama Toddy Gowan...

—No le conozco, no recuerdo este nombre.

—Es muy buen chico. Alumno tuyo en la Universidad — aclaró Temple muy serio.

—¿Estudiante y de mi clase? — dijo Drake completamente calmado—. Supongo que será un caballero, vote a dormir, Temple, y otro día retira más pronto.

Temple creyó haber ganado una batalla, le era fácil convencer a su abuelo; pero no se daba cuenta de que ante el vecindario de Dixon, cada día perdía más consideración. Además ella se cuidó de callar, que si bien Toddy era estudiante de derecho, también era arriero concurrente de todos los barcos de la población.

La tía de Esteban Benbow también habría visto, con buenos ojos, la boda de su sobrino con Temple, pero, al ver cómo andaban las cosas, siempre que podía, daba consejos a Esteban.

—Conozco muy bien a los Drake. Todos son iguales, soberbios como ninguno, pero alocados. Altivos... Ahí está el viejo, por ejemplo, tiene el diablo en el cuerpo y Temple... quizás cambie.

Esteban seguía leyendo el diario y su tía continuaba la plática:

—Yo del juez, la casaría en seguida. Esteban, dame el ovillo de lana que se me ha caído.

—Perdono, tía — contestó Esteban, levan-



—¡Esteban! ¡Cuanto me alegro de encontrarte aquí!

tándose y entregando el ovillo —, no me había dado cuenta.

—¿No me escuchabas? Hablaba de Temple.

—Sí, por esto no escuchaba tal vez... — contestó Esteban sonriendo.

La señora Bentow no sabía exactamente cómo estaban las relaciones entre su sobrino y Temple, y una vez más habían fracasado sus investigaciones diplomáticas. No era cu-

riosa y sabía que tarde o temprano todo se sabe y no sospechaba que al día siguiente por la tarde los diarios traerían noticias interesantes de Temple Drake.

Todo Dixon asistía al baile que anualmente se celebraba en el Club Campestre de la localidad, y Temple no sería de las que dejara de asistir. A media tarde anunció a su abuelo que él podía ir solo, pues ella se reuniría con otras amigas para ir juntas. Al juez Drake nunca se le había ocurrido fallar en contra de las opiniones de su niece, aunque, a veces, como ahora, estuvieran faltadas de toda lógica.

—Está bien, Temple, pero procura ser puntual, ésta fue la única recomendación que hizo el buen señor.

Las amigas, con quien debía reunirse Temple, se reducían a un amigo, Toddy Gowen. El plan era el siguiente: El pasaría a recogerla en su auto una hora antes de empezar el baile, darían un bonito paseo y luego a bailar.

Todo salía a pedir de boca y alrededor de las doce llegaron al Club, donde el baile estaba ya muy animado. La música llegaba hasta la pareja de truanes y Toddy todavía no quería bajar del coche, pretextando que allí dentro, con tanta gente, se abarritaban mucho.

—Dame un beso, el último, y entraremos.

Temple, completamente dominada por aquel muchacho, dejaba que la besara y abrazara sin oponer resistencia alguna.

— ¡Basta! — dijo Temple al fin, procurando arreglar el peinado que andaba mal parado con los arrebatos de Toddy.

— Prométeme...

— Toddy, tú has bebido demasiado, yo entro al Club en seguida.

— Temple, espera un poquito más — insistía Toddy con una mano al volante y la otra a la cintura de la joven —; no hay derecho a tratarme así...

— ¿Te he tratado yo mal? — preguntó Temple, abriendo los ojos —. ¿A qué llamarás tú buen trato?

— Llamo mal trato a lo que haces conmigo. Me dices que me quieres, con tus locuras, me pones fuera de mí y, cuando ves que no puedo resistir más, entonces hay que entrar en el baile, no, Temple, esto no está bien, tú sabes que no está bien.

— Toddy, he dicho que basta y que entro al baile; si quieres, entra y si no vete — dijo Temple, sacudiéndose del abrazo del muchacho y saltando rápida del automóvil.

La entrada de Temple Drake en el salón, levantó un apagado rumor de crítica y admiración. Los hombres en general la encontraban hermosa y la fama de atrevida y loca

que la rodeaba, la hacía más interesante todavía.

Las mujeres, conocedoras también de su carácter, la rechazaban, o mejor dicho la hubieran rechazado de no pertenecer a una noble familia y verla amparada por la venerable figura de su abuelo.

Azorada y salientes aún en su boca y mejillas los besos de Toddy, le parecía a Temple que todos sabían de su escapada. Pasó de un salón a otro, saludando a izquierda y derecha sin pararse a hablar con nadie, como si buscara a alguien. La atmósfera densa de los salones, las miradas que le dirigían todos en general, en lugar de aumentar su confusión sirvieron para tranquilizarla y cuando en el dintel de una puerta se encontró con Esteban Benbow, pudo hablarle con toda naturalidad. Entre los defectos de Temple no faltaba el orgullo y a pesar de su perversidad aquél le había servido, a veces, de virtud.

— ¡Esteban! ¡Cuánto me alegro de encontrarte aquí!

— Lo creo — contestó Esteban irónico.

— ¿Crees que me burlo de tí? ¡Oh, abuelito! ¿Te aburres?

— No hija mía, se está organizando una partida de poker — contestó el abuelo acariiciando a su hermosa nieta.

Escultada por Esteban y su abuelo, Temple recorrió de nuevo los salones, sintiéndose

ahora mucho más segura que cuando los había pisado minutos antes. Un joven simpático y sonriente, se acercó a Temple y le dijo:

—¿Lo he soñado, o me prometiste un baile?

—Lo has soñado, pero lo bailaremos, repuso Temple, y sin hablar más se puso a bailar.

Si supieras lo que he soñado, Temple — insinuó su pareja.

—En el sonar no hay delito, — dijo Temple, con una de aquellas medias sonrisas que tantos estragos habían causado entre la juventud estudiantil de Dixon.

Como era de esperar Toddy Giovan no se había quedado abrazado al volante de su auto y después de abandonarlo y refrescar un poco en el bar penetró en los salones en busca de su compañera. Ella le vio llegar, algo despeinado y con el aspecto del hombre que aun cuando no está borracho, acusa que ha bebido demasiado. No convenía que ahora le hiciera una escena y mirando fijamente al muchacho que bailaba con ella, Temple, le dijo:

—Ha terminado el sueño, y soltándose del ligero abrazo que la retenía, se dirigió a Toddy y se puso a bailar con él.

—¿Cómo estás? — preguntó Temple ansiosa.

—Bien; completamente renovado. Me faltaba gasolina y he pasado por el bar.

—Se te nota un poco — dijo Temple.

Y como casualmente pasaban por delante de Esteban, dejó a Toddy para bailar con aquél.

—¿A qué viene esto? — preguntó Esteban cortesmente, pero con frialdad. — Ya sé que no te gusta bailar conmigo.

—No me gusta bailar contigo, pero me gusta hablar contigo. Llévame al jardín.

Era muy difícil desobedecer a Temple. Autoritaria, acostumbrada a verse obedecida, y enamorado como estaba el joven letrado, era casi imposible dejar de acompañarla al jardín.

Una vez allí, Temple se apoyó contra una barandilla de mármol, miró al cielo, miró a Esteban, suspiró, se puso de espaldas, y por un momento estuvo quieta. El paisaje, la hora y la soledad de aquel sitio invitaba a muchas cosas, pero Esteban Benbow también tenía su orgullo. Fue ella quien habló.

—Esteban, ¿no me besas?

—No.

—¿Es que ya no me quieres?

Silencio por parte del joven.

—Pues yo te quiero... más que a nadie — dijo Temple con un acento que parecía sincero.

—Temple, si hablas con sinceridad, si no

me engañas o te engañas a ti misma, cáusate conmigo — dijo Esteban.

Como si la hubieran dado un latigazo, Temple se apartó del joven y dijo:

—No, esto no.

—¿Por qué? Quiero saberlo!

—Será porque me gustas demasiado...

—Y me quieres demasiado poco.

—No es nada tuyo, soy yo, soy yo — dijo Temple algo confusa.

—No te entiendo. Mira si puedes explicarte mejor — repuso Esteban con menos sequedad que hasta entonces.

—Esteban, soy mala.

—No seas chiquilla. ¿Por qué dices esto?

—No puedo explicarme bien. Soy yo, es algo dentro de mí. Siendo muy niña, siempre pensé que me casaría contigo, te quería, te quiero, pero ahora...

—¿Ahora no me quieres?

—No puedo. Te amo y no te amo. Es como si hubieran dos personalidades dentro de mí. Una me dice: Sí, sí, pronto no te escaparás...

—¿Y la otra? — preguntó Esteban movido al fin ante la preocupación de su amada.

—No puedo decir lo que me dice la otra, pero es algo que detesto, que aborrezco, que no puedo expresar en palabras. ¡Perdóname, Esteban!

Antes de que la viera llorar, Temple, prefirió marcharse, y mientras Esteban quedaba sumido en un mar de confusión, Temple en-

contraba de nuevo a Toddy, su genio del mal, que la tentaba a marcharse del baile para quedar sola con él.

—¿Qué hacemos aquí? — preguntaba Toddy —. Es la mar de aburrido esto.

—Tienes razón. Sáame de aquí, llévame a alguna parte, donde tu quieras.

—Lo que tú necesitas es beber algo, vamos — dijo Toddy cogiéndola del brazo.

—Beber algo, beber mucho — contestó Temple excitada.

—Eso es. Se de un lugar estupendo, ya verás. Aquí tengo el coche. Sube.

Toddy tenía pretensiones de buen chófer, y no se le podía negar que conducía bien. Pero cuando llevaba dentro de su cuerpo más alcohol del que correspondía, y a su lado Temple que estimulaba sus sentidos, resultaba peligroso puesto al volante. La catástrofe no se hizo esperar. Después de recorrer algunas millas en busca del lugar estupendo donde pudieran beber a sus anchas, el coche viró con demasiada rapidez en un sitio de poco espacio y chocaron violentamente contra un árbol, siendo ambos despedidos del vehículo con furia.

Temple fué la primera que recobró el sentido, pero la oscuridad la privaba de darse cuenta de lo que había ocurrido.

—Toddy, Toddy, ¿dónde estás?

Una voz extraña contestó la pregunta al



La mujer de Elías se compadeció de ella.

mismo tiempo que les iluminaba con una lámpara de mano.

—¿Dónde ibais tan aprisa?

—¿Se trata de un atraco? —preguntó Toddy levantándose y cayendo de nuevo a causa de una herida en la cabeza que sangraba abundantemente.

—Íbamos en busca de un sitio donde beber —explicó Temple al desconocido, joven bien vestido, pero de aspecto repugnante.

—¡Ah! —exclamó el desconocido enfocando la lámpara hacia Temple y examinándola de arriba a bajo.

Por tener toda la luz en la cara, Temple no pudo ver la sonrisa diabólica de aquel hombre, satisfecho al encontrarse por pura casualidad con una muchacha tan hermosa. Temple creyó llegado el momento de presentarse y recobrando la serenidad perdida con el susto, dijo:

—Soy Temple Drake. Mi abuelo es el juez de Dixon.

Como si no la hubiera oído, el joven de la lámpara se dirigió a otra persona que no había dicho nada todavía, un muchacho medio idiota, al que llamó Jack y le ordenó que acompañara a los dos desconocidos a la casa.

—No quiero ir a ninguna casa, exclamó Temple. Esperaremos aquí hasta que pase otro noche.

—He dicho a la casa, Jack. Siganle. Soy yo quien manda aquí ahora.

Trigger, el que así hablaba, era un maleante que comerciaba con alcohol de contrabando, jefe de una banda que le obedecía ciegamente. Joven y mujeriego no quería perder la oportunidad de ver más de cerca a aquella criatura que el azar había arrojado a sus pies. Toddy, completamente inútil a causa de la herida, no podía darse cuenta de lo que ocurría y siguió tranquilamente al muchacho

que les guiaba. Cuando estuvieron un poco alejados de la carretera, les dijo:

—¿Han oído ustedes? Trigger me ha llamado Jack, pero yo no me llamo Jack, mi verdadero nombre es Tommy, pero él llama Jack a todo el mundo. Es el jefe; en la casa hay varios hombres. Un pobre viejo ciego, que bebe mucho. Elías y su mujer, que ya tienen un niño pequeñito — explicaba Tommy con una voz gurgosa delatora de que no estaba muy bien de la cabeza.

—No quiero entrar en esta casa — dijo Temple — Tengo miedo. Toddy; no debemos ir allí.

—Mujer, beberemos una copa, y luego regresaremos — dijo Toddy tontamente a causa del alcohol bebido y la herida recibida.

—Es mejor que vayamos allí — dijo Tommy — Lo ha mandado Trigger, y si no lo hacemos así, pasará algo malo. El está aquí para mandar. Hay que ir a la casa.

No quiero, no quiero — dijo Temple parándose repentinamente, sin querer adelantar un paso más.

Estaban a dos pasos de lo que llamaban la casa y no era más que una guarida de ladrones, de cuyas ventanas salían los pálidos reflejos de una luz de aceite.

Toddy en su locura para beber, entró allí dentro sin preocuparse más de Temple, la cual había quedado fuera.



Temple y Trigger, llegaron a una casa de mala reputación.

—No tenga miedo, señorita — dijo Tommy — Entre a descansar porque pronto lloverá, y hasta que amanezca, Elías no podrá llevarles con el camión hasta Dixon.

—Yo esperaré aquí fuera hasta que amanezca, pero no entraré — dijo Temple resuelta.

La llegada de Trigger hizo enmudecer a los dos, y cogiendo a Temple por el brazo,

no la dejó hasta sentarla en una mesa donde habían varios hombres más.

La presencia de una mujer hermosa y admirablemente bien vestida en aquella choza, despertó las más bajas pasiones en todos ellos, que trataron de disimular por haber ésta entrado con su jefe, pero interiormente todos se prometieron examinarla de cerca a la primera oportunidad que se presentase o que ya se basearían. La mujer de Elías no miró con buenos ojos a la recién llegada, pero mujer al fin, se compadeció de ella y la acompañó a su cuarto para que descansara un poco.

Todos se enteraron de donde iba a acostarse Temple, y Trigger, conector de sus gentes, después de dar un bonito porrazo a Toddy para acabar de ponerle insensible, dió orden a los hombres que prepararan el camión que debía conducir el alcohol de contrabando a la ciudad y que cuidaran de depositar a Toddy en cualquier parte.

—De ella ya me encargo yo — dijo Trigger para terminar.

El miedo que sentía Temple en aquellos momentos era tal, que la privaba de todo movimiento. Fuera, rugía la tempestad y el frío penetraba por todas las rendijas de la choza. Había intentado colarse en la cama para descansar, pero temía dormirse y prefería velar por su seguridad. Sabía que no podía contar con Toddy. Le había visto perfectamente bo-

rracho y sin sentido, después del golpe que le dió Trigger. En su cabeza se mezclaban las ideas en tumulto, y cerraba los ojos para imaginarse que estaba en su habitación. Los habría y no podía menos que llorar al ver donde se encontraba. Dos o tres veces se abrió la puerta de aquel cuarto y eran los hombres que venían con alguna excusa para ver a Temple. Tantas veces como penetró alguno de ellos fue seguido de Tommy quien hizo imposible todo atropello.

—Mire señorita — dijo Tommy —. Aquí no la dejarán en paz, yo conozco a estos hombres, venga conmigo al pajar y no la molestarán porque no sabrán que está allí.

Temple había comprendido que Tommy era la única persona de quien podía fiarse en aquella choza de ladrones y le siguió mansamente. En su turbación y miedo, Temple se reprendía a sí misma la extraña admiración que había sentido por Trigger y ardientemente deseaba no volverle a ver. El lado perverso de su temperamento había respondido a la mirada del granuja conquistador y ella sólo quería pensar en que era Temple Drake, nieta del juez, una señorita educada, casi novia de Esteban Benbow y que no debía comportarse mal. ¿Podría su lado bueno superar al malo y vencer en aquella tentación? Sí, porque no vería más a Trigger. ¿Pero y si volvía a verle?

Rondada de fatiga y de miedo, Temple, por fin se durmió en el pajar y cuando amaneció fué un rayo de sol quien cuidó de despertarla.

Trigger había velado aquella noche, y dando muchos rodeos para que no le viera Tommy se dirigió al pajar. Cuando Temple se encontró de nuevo cara a cara con aquel hombre perverso, comprendió que no podría resistirle y él también vió que ella ahora cedría. Sin vacilar se adelantó y la cogió en sus brazos. Temple dió un grito, uno sólo, desgarrador, que despertó a Tommy, infeliz guardián de su persona, y succumbió a los abrazos y besos de Trigger.

Pero Tommy, no se dejaría burlar de esta manera. Entró en el pajar y reconvino a Trigger. Este no gastaba palabras según en qué casos y sacando la pistola disparó contra Tommy certeramente, y el pobre muchacho cayó muerto al otro lado de la puerta.

Temple no vió caer a Tommy. Atontada por la noche que había pasado y la pasión que le inspiraba Trigger dejó que éste la cogiera en sus brazos y la sentara en un soberbio automóvil que esperaba delante de la choza.

Volando por la carretera en dirección hacia Dixon, Trigger no paró hasta llegar ante una casa de bonito aspecto y dudosa reputación, donde sin duda era conocido. Temple lo seguía automáticamente. Se creía perdida pa-

ra siempre y no podía resistir las órdenes que aquel hombre le daba.

El primero en encontrar a Tommy muerto fué Elias al regresar de la ciudad. Sin vacilar se dirigió a la policía y explicó que había encontrado muerto al muchacho. La reputación de Elias no era buena, y la primera precaución de la policía, fué detenerle a él.

* * *

En las notas de sociedad de los diarios de Dixon aparecieron dos noticias simultáneas, que el vecindario leyó a su manera. En una decía que el joven Eduardo Gowun, Toddy, para sus íntimos, había marchado hacia Filadelfia para continuar sus estudios. La otra, anunciaba que la señorita Temple Drake, estaba pasando unos días en Charlton con sus primas Drake Van Hophe. Los comentarios fueron muchos, y poco favorables para Temple. La verdad se ignoraba, pero aun y suponiendo mucho, que no les faltaba imaginación a los habitantes de Dixon, no podían sospechar donde se encontraba Temple.

Pasaron algunos días y no presentándose



... como me consola que Temple pueda aportar luz en este asunto.

nadie contra quien pudiera recaer sospecha sobre la muerte de Tommy y condenando todo a Elías se siguió la causa, considerándolo autor del asesinato.

Una vez más se nombró a Esteban Benhow defensor de oficio del acusado. Por más preguntas que hizo a Elías, éste no quiso decir una palabra.

—Sospecho quien ha muerto a Tommy, pero no puedo decir nada, porque de salvar-

me usted me mataría él, y finalmente es igual.

—¿Quién es él? — preguntó Esteban.

Elías no quería decir más; ya había dicho demasiado. Pero su mujer que estaba allí, dijo:

—Se refiere a Trigger, el jefe de mi marido y otros hombres. Vine una noche con una mujer bonita y un borracho. Todos los hombres la querían a ella, pero claro, como Trigger era el jefe se la llevó él y seguramente Tommy, que era medio toato, quiso proteger a aquella presumida... y Trigger no permitía que nadie se cruzara en su camino.

—¿Quién es Trigger, y dónde se le puede encontrar? — preguntó Benhow.

—Cuando no estaba en la choza nuestra, vivía en la pensión que hay en la calle Manuel, allí en el despoblado — explicó la mujer.

Poco rato después, Esteban Benhow se introducía en la misma habitación de Trigger, alegando que aquel le esperaba. Benhow traía un interrogatorio estudiado. La presencia de Temple en aquel cuarto y con aquel hombre le dejó rudo. ¡Era inexplicable! Temple Drake, a quien oficialmente se la suponía en Charlton, aquí en una habitación de una pensión de mala nota con un foragido, un contrabandista de alcohol... Era demasiado; no se podía haber imaginado nunca que hubiese llegado a tal grado de perversión. ¿Sería

esta la parte mala de su temperamento? — se preguntaba Benbow.

El interrogatorio fué breve. Temple medió en la conversación. Ella explicó que estaba allí por su gusto y que él no se metiera en sus asuntos.

— No he venido por tí, Temple. Estés con el hombre que ha asesinado a un pobre muchacho idiota, Tommy, y vengo a pedirle que se presente y evite que pague la culpa un inocente.

— ¿Tommy ha muerto? — preguntó Trigger.

— Sí; y aquí dejo a usted esta papelita de citación para que se presente hoy mismo.

Sin una palabra más, Benbow salió de la habitación. Ni una mirada para Temple. Sin dars cuenta, Esteban había obrado de la mejor manera para influir en el ánimo de la joven.

En cuanto hubo salido Benbow de allí, Temple se vistió para marcharse. Trigger intentó privárselo primero con buenas palabras, luego brutalmente, a porrazos. Encima del sofá había un revólver, arma que Trigger había acariciado para disparar contra Benbow, según hubiera marchado la entrevista. Temple no vaciló, no tenía otra salida. Cogió el revólver y disparó contra Trigger. La proximidad hacía imposible dejar de herirle y Trigger cayó retorciéndose y estrujando en



— Temple Drake, jura ante Dios y ante los hombres.

su diestra la boina que poco antes había arrebatado de un golpe dado a la cabeza de Temple.

Esteban Benbow venía obligado a salvar con su defensa a Elías, y una testigo eficaz para él, era Temple Drake. Se la citó a declarar contra la voluntad de su abuelo y la suya.

— Obro como abogado, y ante Dios y ante la ley, como me consta que Temple puede aportar luz a este asunto por esto la he llamado.

El revuelo en el Juzgado era enorme. Nunca se había visto una testigo de tal calidad en un proceso tan escandaloso y tan asqueroso como aquel.

— Temple Drake, ¿jura ante Dios y ante los hombres que dirá la verdad, toda la verdad?

— ¡Qué Dios me ayude y lo haré! — contestó Temple compungida.

La expectación era enorme. Puede decirse que toda la sala se aguantaba la respiración mientras ella hablaba. Era una Drake. Debía decir la verdad. No podía consentir que por ella fuera al patíbulo un inocente, y con pocas palabras, saltando todos los detalles, pero no omitiendo los hechos, Temple explicó todo lo que había ocurrido hasta la muerte de Trigger, obligada a defenderse para poder escapar de allí. Apenas pudo terminar, cayó desmayada, el esfuerzo había sido demasiado y la vergüenza enorme.

Esteban Benbow fue el primero que llegó a ella y la recogió en sus brazos. Su abuelo se acercó también.

— Juez Drake — dijo Esteban — puede estar orgulloso de su nieta. Yo lo estoy. No ha vacilado en destrozarse a sí misma a los ojos de todos, para salvar la vida de un hombre.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

HA PUESTO A LA VENTA

EL ABOGADO

Los asuntos del despacho más importante de Nueva York, el bufete de los abogados Simón & Tedesco, se desgajan en escenas de honroso realismo relacionadas con los propios personajes del argumento. El libro se ha propuesto y ha conseguido un estudio formidable de las costumbres y asuntos relacionados con dicho bufete. Se añaden en el transcurso de la historia relatos de trascendente cultura, Creación insuperable del gran actor

JOHN BARRYMORE

Precio: UNA peseta.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"-Apart. 707 - Barcelona

Envíenos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Envío gratis.

Ediciones Biblioteca Films

Precio de cada tomo: UNA peseta

LOS GRANDES ÉXITOS DE LA TEMPORADA

- | | |
|-------------------------------|-------------------------|
| 3 VIAJE DE NOVIOS | Brigitte Helm. |
| PASTO DE TIBURONES | Edward G. Robinson. |
| EL ROBINSON MODERNO | Douglas Fairbanks. |
| SOLTERO INDICENTE | Maurice Chevalier. |
| 1.º Y 1.º NO CONTESTA | Charles Boyer. |
| MELODIA DE ARRAHAL | L. Argentea, C. Gardel. |
| EL SIGNO DE LA CRUZ | P. Morán, H. Landi. |
| TODO POR EL AMOR | Jan Kiepura. |
| DANTON | Zequias Grotillot. |
| ESTRELLA DE VALENCIA | Brigitte Helm. |
| CASADA POR AZAR | Clack Gable. |
| KING KONG | Bar Wray. |
| YO... Y LA EMPERATRIZ | Lillian Harvey. |
| MADAM BUTTERFLY | Sylvia Sydney. |
| EL BESO ANTE EL ESPEJO | N. Carroll. |
| VAMPIROS EN 1933 | Warren William. |
| S. O. S. JEROME | Bob La Roca. |
| AMORIOS (Luis) | Megda Schneider. |
| MATER DOLORES | Jose Nora. |
| LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS | Charles Laughton. |
| VIREAN MIS CANCIONES | Martha Eggerth. |
| ¿DIME QUIEN ERES TU? | Liane Haid. |
| NACIDA PARA PECAR | Mae West. |
| AUDIENCIA IMPERIAL | Martha Eggerth. |
| EL SECRETO DEL DR. MADUSE | Vivie Lang. |
| EL RESUCITADO | Fortis Karlov. |
| PARIS-MONTECARLO | Henry Garat. |
| PHILIPPE DREHLEY | Gaby Morlay. |
| GUERRA DE VALSES | Willy Fritsch. |
| MARIA | Annabella. |
| TARZAN DE LAS PIERAS | Huster Grubbe. |
| UNA VIDA POR OTRA | Nancy Torres. |
| RE AGITA EN EL SURTO | Marchi Prema. |
| LA MASCARA DEL OTRO | Ronald Colman. |
| UNA DE NOSOTRAS | Brigitte Helm. |
| EL COLLAR DE LA RUINA | Elena Karene. |
| LA NOTIA UNIVERSITARIA | Huster Grubbe. |
| MUJER ACUSADA | Nancy Carroll. |
| 1 MORAL Y AMOR | Camila Hota. |

PRIMIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

1- Moral und Liebe, 1933
de Georg JACOBV.

2- Eine von uns, 1932
de Johannes Mezer

3- Hochzeitsreise zu Dritt, 1932
de Erich Schmidt (Austria)

4- Stern von Valencia, 1933, de Alfred
ZEISLER

5- Ich und die Kaiserin, 1933
de Friedrich Holländer (+ composi-
ción en colaboración con Franz Wachsmann)

6- Leise fliehen meine Lieder, 1932
(Germano-austriaco) de Willi FORST (+
sueño)

7- Ein Lied für Dich, 1931 de Joe May

8- Sag mir, wer du bist, 1933, de
Georg Jacoby

9- Walzerkrieg, 1933 de Ludwig Berger

10- Kaiserwalzer/Audienz in Ischl/Heute
mache die Welt Voran für mich, 1932 de
Friedrich ZELNICK.

SOLAMENTE EN Ediciones BIBLIOTECA FILMS y Selección FILMS DE AMOR

aparecen los nuevos grandes astros
en sus más portentosas creaciones.

CARLOS GARDEL

LUCE DE BERNOR AIHER
ESPICAME
MELODIA DE ARRABAL

HENRY GARAT

DOS CORAZONES Y UN LATIDO
UN CHICO ENCANTADOR (Il est charmant)
SE FUE MI MUJER
SIERRO DORADO
PARIS-MONTECARLO

BORIS KARLOFF

EL DOCTOR FRANKENSTEIN
EL VILANO DE LA PE
EL DELINCUENTE
EL RESUCITADO

CARY GRANT

LA VENTA RUBIA
MADAME BUTTERFLY
NACIDO PARA PERDER

JEAN KIEPURA

TODO POR EL AMOR
HOY O NUNCA

CHARLES LAUGHTON

EL SIGNO DE LA CRUZ
LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS

WARREN WILLIAM

LA AVANTE INDOMITA
VAMPIRESAS 1933

BUSTER GRABBE

EL DOMINIO LEON
TARZAN DE LAS FIERAS
LA NOVIA UNIVERSITARIA

Ediciones BIBLIOTECA FILMS.—1'00 p'seta

Selección FILMS DE AMOR.—50 céntimos

PRECIOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servicio: números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en billos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.